

Ricardo Alarcón: AMERICA LATINA Y LA CONFERENCIA TRICONTINENTAL *

Carlos M. Rama: LA RELIGION EN AMERICA LATINA *

Nilita Vientós Gastón: COMENTARIOS A UN ENSAYO SOBRE PUERTO RICO.

TEXTOS LITERARIOS de Jorge Zalamea, Dacia Maraini, Manuel Galich, López

Pacheco, Manuel Rojas, Héctor Cattólica, Félix Contreras, Pablo A. Fernández.

ENCUESTA: EL PAPEL DEL INTELLECTUAL EN LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION

NACIONAL: Respuestas de REGIS DEBRAY, ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR, MANUEL

GALICH, FRANCOIS MASPERO, ALBERTO MORAVIA, LISANDRO OTERO, GONZALO ROJAS,

ALFREDO VARELA, MARIO VARGAS LLOSA, JORGE ZALAMEA.

casa

DE LAS AMERICAS

NUMERO 35





casa

de las américas

AÑO VI No. 35

MARZO - ABRIL 1966

LA HABANA, CUBA

Director:
Roberto Fernández Retamar.

Comité de colaboración: Emmanuel Carballo, Julio Cortázar, Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Manuel Galich, Lisandro Otero, Graziella Pogolotti, Angel Rama, Mario Vargas Llosa, David Viñas, Jorge Zalamea.

Diseño y emplane: Umberto Peña.

Redacción: G y Tercera, Vedado, La Habana, Cuba.

Venta y suscripción:

Ejemplar \$0.40.

Suscripción anual, en Cuba \$2.40.

Suscripción anual, en el extranjero: correo ordinario, 3 dólares canadienses; por vía aérea, 8 dólares canadienses.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. No se devuelven manuscritos no solicitados.

Empresa Consolidada de Artes Gráficas, Unidad 206-05, "José Martí", San Ignacio No. 254, La Habana, Cuba.

SUMARIO

2 En estos meses

hechos / ideas

- 4 Ricardo Alarcón / América Latina y la Conferencia Tricontinental.
11 Carlos M. Rama / La religión en América Latina.
27 Nilita Vientós Gastón / Comentarios a un ensayo sobre Puerto Rico.
-

ficción

- 44 Jorge Zalamea / Esporas y sargazos.
50 Dacia Maraini / A la sombra resplandeciente de Camilo.
53 Manuel Galich / El último cargo (II).
66 Jesús López Pacheco / Piel de hombre.
69 Manuel Rojas / De La oscura vida radiante.
76 Héctor Cattólica / El hambre manos arriba.
79 Félix Contreras / Nunca me den ese oficio.
81 Pablo Armando Fernández / Entrás en la Casa.
-

encuesta

- 83 Carlos Núñez / El papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional.

Respuestas de Régis Debray, Roberto Fernández Retamar, Manuel Galich, François Maspero, Alberto Moravia, Lisandro Otero, Gonzalo Rojas, Manuel Rojas, Alfredo Varela, Mario Vargas Llosa, Jorge Zalamea.

documento

- 100 Creación del Organismo Latinoamericano de Solidaridad, con sede en La Habana.
-

artes plásticas

- 102 Saura habla de Saura.
-

libros

- 105 Mario Vargas Llosa / Los ríos profundos.
110 Lilliam Moro / La poesía para Vallejo.
113 Salvador Bueno / Antología de Ricardo A. Latchman.
115 Gumersindo Martínez Amengual / El amanecer del capitalismo y la conquista de América.
118 Marcelo Ravoni / Juan Gelman editado en Cuba.
-

nota

- 121 Adelaida de Juan / Conferencias de Alberto Ruz.
-

al pie de la letra

- 131 Últimas Actividades de la Casa de las Américas.
-

- 134 Colaboradores / Temas.
-

Entre las páginas 104 y 105, pliego gráfico con reproducciones de obras de Saura.

ENCUESTA

EL PAPEL DEL INTELECTUAL EN LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL

Carlos Núñez

La pregunta, de alguna oscura manera, había venido martillando durante toda la media vuelta al mundo que supone llegar hasta La Habana; y aquí, un par de rostros en los pasillos del Habana Libre y un vistazo a la lista de asistentes a la Conferencia Tricontinental, bastaron para que tomara forma concreta o, al menos para que los signos de interrogación encerraran una primera aproximación inteligible: ¿Qué hacían aquí, junto a los exóticos gorros de piel de los zimbabwes, entre los rostros curtidos de los guerrilleros venezolanos y la ardida mirada de una heroína vietnamita, hombres como Mario Vargas Llosa, como Alberto Moravia, como Manuel Rojas? Es decir: ¿en qué punto del camino que esta Conferencia proponía abrir podían converger intereses e inclinaciones superficialmente tan dispares?

La encuesta surgida de esa interrogante, tal como fue realizada, previó algunos riesgos pero no todos. Hasta donde puede racionalizarse un proceso eminentemente subjetivo —y, por tanto, de alguna manera arbitrario—, el sistema que elegí partía de algunos supuestos básicos: evitar la rigidez de un cuestionario, y su consiguiente riesgo de acrecer la arbitrariedad del método; aceptar como válidas las armas del cuestionado, es decir, que los *escritores* no hablaran sino *escribieran* sobre el tema; otorgar a ese tema una latitud tal que obligara a un planteo global de la cuestión y a una opción posterior sobre los elementos básicos capaces de traducir sintéticamente esa visión general. En suma, once intelectuales fueron desafiados —y hasta, en algunos casos, obligados— a escribir sobre «el papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional». Cuál es, cuál ha sido, cuál debería ser el papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional; sobre qué bases, por qué vías, contra qué dificultades y con qué objetivos se cumple, se ha cumplido o debería cumplirse ese papel;

qué incidencia fundamental tiene o debería tener esa acción —o falta de acción— del intelectual; qué debe entenderse por intelectual (un punto aparentemente crucial, si se atiende al somero planteo que han realizado sobre esto algunos de los interrogados); qué debe entenderse por movimiento de liberación nacional. Todas estas preguntas, y muchas más —como puede deducirse de su mera enumeración— estaban incluidas en la fórmula propuesta; el resultado, empero, parece haber sorteado con fortuna el peligro mayor del jeroglífico. Los riesgos menores, por cierto, jugaron su parte: en más de un caso el lector se encontrará con el tema o algún subtema sin completo desarrollo, asistirá en otros casos a raudas incursiones por las ramas de siempre, se inquietará en ocasiones ante planteos discutibles o contradictorios, generalmente producidos por la celeridad y las limitaciones de espacio que impuso la encuesta. Contra estos riesgos, previstos, hay una virtud esencial que anotar, y que surge de ellos mismos: la definición medular que subyace en cada respuesta, atisbable a través del ángulo de visión elegido en cada caso.

Y, por cierto, el enriquecimiento que surge de la confrontación; en este sentido, se me ocurre particularmente mencionable la disparidad de criterios para abordar el tema evidenciada, por ejemplo, entre los intelectuales europeos y los latinoamericanos, guiados los primeros por una notoria búsqueda de rigor sociológico y aun psicológico, urgidos mayormente los segundos por una acuciante necesidad de compromiso o de autodefinición; o la diferencia, previsible y buscada, entre el planteo de los intelectuales latinoamericanos cuyos países viven aún las primeras etapas del proceso liberador y el de los intelectuales cubanos, que apelan lógicamente a una experiencia vivida y que incluso se ven ya enfrentados a otro problema: «el papel del intelectual en la construcción del socialismo».

La ubicación sociológica y psicológica del intelectual; sus prejuicios de clase; sus ataduras o dependencias con respecto al sistema capitalista; su carácter individualista y gregario a un tiempo (no hay intelectual sin intelectuales, se ha dicho); su habitual rechazo de la violencia física; su fuente nutricia más notoria de este lado del mundo, el estado de conflicto entre

el individuo y su medio; su libertad o su indisciplina, ese «proceso de perenne apostasía» que señala Lisandro Otero y que ha llevado a una posición generalizada dentro de los medios intelectuales latinoamericanos con respecto a la revolución, auto-definida como «adhesión crítica»; su difícilmente predecible futuro en una sociedad ordenada sobre una escala de valores que difiere sensiblemente de la que hasta ahora está habituado a considerar; muchos de estos temas se analizan, se rozan o se desechan en las respuestas que siguen. Pero sólo a un nivel tentativo, de aproximación y de bosquejo; quizá el ensayo que les hincó el diente profunda y detalladamente surja pronto de alguna de estas once firmas.

Finalmente, y aunque tenga que apelar nuevamente a la excusa del subjetivismo, no puedo dejar de vincular dos hechos: la recurrencia con que la mayoría de las respuestas se refiere a Fidel Castro y Ernesto Guevara como prototipos de la inserción del intelectual en los movimientos de liberación y una anécdota que conocí mientras preparaba esta encuesta. El relato tiene como protagonista a Che Guevara y un escritor latinoamericano; éste, al final de su visita a Cuba, declara su entusiasmo por la revolución y su deseo de ayudar a promover en su país un proceso similar.

—Lástima —se queja— que no sepa exactamente qué hacer, a través de mi trabajo, para promover la revolución.

—¿Qué hace usted? —pregunta Guevara.

—Soy escritor.

—Ah —replica el Che—. Yo era médico.



Régis Debray

Dos trabajos —tan agudos como polémicos— han dado a conocer en América Latina el nombre del francés Régis Debray: «El castri-mo, la larga marcha de la América Latina», publicado originalmente por *Les Temps Modernes*, enero de 1965, ha sido traducido al castellano y editado en varias revistas del continente, llegando a interesar declaradamente al propio Fidel Castro en un punto tan resbaladizo como la sicología del hombre guerrillero; «América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria», fue editado por la revista *Casa de las Américas* (número 31, julio-agosto 1965) y recogido posteriormente por otras publicaciones. Discípulo de Louis Althusser, Debray vivió en Cuba y otros países latinoamericanos, visitó varios frentes guerrilleros y rechaza ser calificado como «experto en América Latina».

Esta pregunta, a la vez que apasionante, encierra una trampa. No puede ser respondida por cualquiera; es decir, no corresponde a un intelectual darle respuesta, sino a un campesino o a un obrero. Son ellos quienes verdaderamente podrían decirnos si sienten en su lucha la necesidad del intelectual; y no debe ser éste quien pleitee su propia causa. A menos que haya participado realmente en un combate armado, con los riesgos y peligros que comporta, toda respuesta suya a esta pregunta corre el riesgo de convertirse en una comedia del espíritu, en un arranque de vanidad. La dificultad reside en que el campesino o el obrero de que hablamos no tienen derecho a la palabra; en primer lugar porque no se les ha dado ese derecho, y luego porque no tienen posiblemente nada que decir, porque no sienten ninguna necesidad de liberarse, al no saberse explotados y humillados. Es una peregrinación reconocer que la conciencia de ser pueblo y de ser un pueblo es dada a éste por el intelectual: el notario Babeuf, el abogado Robespierre, el disfrutador Danton, el hombre de negocios Engels, el profesor Marx, para no citar más que el ejemplo de Europa.

¿Qué es lo que distingue las dos violencias, la inútil de la útil, la que es síntoma de un «embarazo» histórico de la que provoca el «parto» histórico? Es, justamente, el hecho de que la violencia que provoca dicho parto esté penetrada de teoría, y de que la teoría sea hecha por los teóricos, hombres que se relacionan primero con los libros, antes de hacerlo con los hombres o con la materia; hombres que necesitan de la soledad para leer y de una butaca para escribir. Todo esto —se dirá— es bien conocido. Pero se olvida periódicamente. Cuando Lenin lo recuerda, provoca un escándalo. ¿Entre quiénes? Entre los obreros, los sindicalistas, los jornaleros, la gente de pueblo. El fundamento escandaloso del leninismo —ya presente en la naturaleza espontánea del movimiento obrero, que tiende a *rechazar* (en el sentido psicoanalista del término)— reside en que la teoría marxista ha sido importada *desde afuera* por el movimiento obrero; en que treinta siglos de huelgas, de paros y de barricadas no habrían sido nunca capaces de engendrar esa inmensa y sinuosa obra de sabio llamada el *Capital*. Nada es más anti-leninista, nada es más contrarrevolucionario que la línea recta, con todas sus variantes, «la locomotora de la historia», la sempiterna rectitud inherente a los impulsos populares, y la pureza de las intenciones. La política no surge en línea recta de la economía, el Partido no es la prolongación del sindicato, y la revolución no se encuentra jamás en el final del camino. Para pasar de uno a otro hay que dar un salto, de conciencia y de voluntad. El intelectual revolucionario formula la teoría de este espacio a franquear —en tanto que intelectual y que sabio, para realizar en la práctica este salto— como revolucionario. Esto, en lo que se refiere a los principios, que no porque lo sean vale menos la pena enunciarlos.

Los principios tienen una manera propia, tristemente humorística, de acudir a nuestra mente: creemos tenerlos detrás de nosotros, bien enterrados y he aquí que nos sorprenden por delante, bajo la forma de urgencias prácticas, de tiempo perdido a recuperar, y de vidas que defender. El principio según el cual «sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria», esta verdad austera que habíamos engavetado, bajo el atolondramiento que nos pro-

dujeron los primeros años de la revolución cubana, resurge de pronto del fondo de todas las montañas de América, en donde los hombres combaten y mueren. No hace falta que mueran en vano, que estos sacrificios sean inútiles. Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú, mañana Brasil y cualquier otro: allí se lucha, y la lucha que allí se lleva a cabo es cada vez más dura. Ahora bien, una cosa es hacer la guerra y otra ganarla. Hoy en América Latina, ganar la guerra contra el imperialismo exige un gigantesco trabajo teórico, a la altura del enemigo, de su determinación y de los medios de que dispone. ¿Por qué otra razón entonces Che Guevara, con tanta insistencia, transformó su experiencia personal, incomunicable, en reglas de un método objetivo, aplicadas en primer término al plano de la lucha insurreccional —teoría del foco—, y luego al plano económico —teoría del imperialismo y el mercado mundial? Cuba, triunfo de la espontaneidad revolucionaria, ha significado también la muerte de ese espontaneísmo. Hoy, con más urgencia aún que ayer, se pide de los revolucionarios una audacia inteligente. Los hechos reclaman de ellos el abandono de ese lenguaje formulario, en que el llamado a los valores morales encubre la carencia de análisis comprensivos, para reencontrar el *lenguaje de conocimiento*, conocimiento de los puntos fuertes del enemigo y de los puntos débiles propios, lenguaje que con todo derecho esperamos del intelectual revolucionario.

Lo demás es valentía. Corresponde igualmente a los intelectuales *desencadenar* la lucha: Fidel, Luis de la Puente, Douglas Bravo y tantos otros «pequeño-burgueses», tienen que pagar el fuerte precio característico de los comienzos, en países sin un pasado obrero, sin organizaciones sedimentadas por el tiempo. Y luego fundirse con el pueblo —obreros agrícolas, pequeños propietarios, indígenas—, ligarse a sus dolores, prestar una boca y un arma a sus mudas necesidades. El castrismo reclama mucho del intelectual: le pide que sepa aprender una humildad alerta.

¿Y el artista? ¿Y el creador? Seré franco. No se ha encontrado todavía mejor medio para rendir testimonio del hombre que el de sorprenderlo en sus cúspides. Que el de seguirlo cuando se dirige

hacia ellas. Si bien el arte se ha convertido en Europa en su propio objeto en un indefinido juego de espejos, son sin embargo numerosos los que en Europa esperan de las luchas de liberación nacional esos «gritos escritos», que despojarán a los hombres de hoy —nosotros— de su máscara de cultura carnavalesca, de su máscara de hombres educados, oscurecidos, que les devolverá su verdadera voz, desnuda, en la que quizá podremos, sin narcisismo, reencontrarnos, sorprendernos, con temor. Si los creadores latinoamericanos se dedican a buscar un abrigo en los libros de Europa o en los aviones que se dirigen hacia Europa, perderán su oportunidad irremediable, la oportunidad de un arte más duro, más permanente. Será lamentable, no sólo por los lectores que no tendrán, sino también por ellos, por los artistas universales que no llegarán a ser. Y las revoluciones en marcha harán venir de otras partes sus testigos, sus *configuradores*, como España hizo venir sus Hemingway, sus Dos Passos, sus Malraux...

Malraux ha dicho en alguna parte: «Un intelectual no es solamente aquel que necesita de los libros, sino todo hombre a quien una sola idea, por elemental que ésta pueda ser, ordena y compromete la vida». El secreto del valor del intelectual no reside en lo que éste piensa, sino en la relación entre lo que piensa y lo que hace. En este continente, quien no piensa —o en rigor, quien no piensa en— la revolución, tiene todas las probabilidades de estar pensando poco o mal. Y luego llega un momento, un momento como hoy, en el que pensar **no basta**: en el que es necesario aprender, de y en la lucha revolucionaria, a pensar mejor la vida de todos. Y ya que hemos citado sus nombres involuntariamente, volvamos a ellos: hombres nacidos de esta América, como Fidel Castro y Ernesto Guevara, ¿no delinean, sin ellos ni nosotros saberlo, la verdadera figura del intelectual, elevada a su más alta incandescencia?



Roberto Fernández Retamar

Nacido en La Habana (1930), Roberto Fernández Retamar ha llevado adelante, con intensa simultaneidad, una obra poética que lo ha situado entre los nombres más apreciados de la nueva literatura cubana, y una agitada labor de publicista y hacedor de cultura. Por la primera vertiente se han volcado libros como *Elegía como un himno* (1950), *Alabanzas, conversaciones* (1955), *Vuelta de la antigua esperanza* (1959), *Con las mismas manos* (1962), *Historia antigua* (1965).

Ensayista (*La poesía contemporánea en Cuba, 1927-1953, Idea de la estilística, Papelería*), compilador y prologuista (*Poesía joven de Cuba*, en colaboración con Fayad Jamis, *Páginas escogidas de José Martí*), profesor (en La Habana y Yale), Retamar fue colaborador de la prensa clandestina, dirigió la *Nueva Revista Cubana* tras el triunfo de la Revolución, y dirige actualmente la revista *Casa de las Américas*.

Un intelectual cubano, a menos de autocondenarse a la retórica más vacua, no puede, al ir a abordar este tema, sino partir de los hechos concretos de Cuba. Esos hechos concretos no son hoy, ya, los de la lucha insurreccional. En lo que toca a la insurrección, quienes están verdaderamente capacitados para responder son sobre todo los intelectuales que (como el propio Fidel Castro, en primer lugar) formaban parte de ese millar de hombres que se encontraba peleando el 31 de diciembre de 1958, vanguardia armada de la inmensa mayoría de una población de siete millones de habitantes opuesta a la dictadura. Algunos de ellos han respondido ya sin esperar a que se les hiciera la pregunta.

Para el resto de los intelectuales cubanos, independientemente del grado de su participación en el rechazo a la tiranía, las posibilidades de una respuesta útil se refieren sobre todo al período que se

abre el primero de enero de 1959, y que, aunque no dejará de conocer momentos de lucha armada, mira ya especialmente a la creación de una nueva sociedad. Hemos conocido una experiencia que, por el momento, no compartimos aún con otros intelectuales del continente: la de haber vivido durante siete años estrechamente fundidos con la primera revolución socialista de América. Aunque es prematuro hacer un balance de esa experiencia, acaso sea útil intentarlo resumidamente, con todas las reservas del caso. Y ello, por supuesto, con mero carácter descriptivo, nunca admonitorio, lo que sería, en el mejor de los casos, ridículo.

En primer lugar, habría que precisar, como ha hecho con lucidez Gramsci, qué se entiende por «intelectual»: ello nos llevará a sobrepasar el concepto «tradicional y vulgarizado» que sólo considera intelectual al «literato, el filósofo y el artista», y a aceptar en cambio muchas otras actividades como intelectuales. Sentado esto, yo diría que, a más de las propias de los hombres de gobierno —los que ejercen esa imprescindible actividad intelectual que es la del político—, han cobrado una importancia considerable otras tareas intelectuales que no son, precisamente, las de «el literato, el filósofo y el artista». (Pienso en el economista, en técnicos diversos.) Incluso quienes se consideran más vocados para aquellas tareas deben, si de veras son revolucionarios, desempeñar otras.

No se trata del segundo oficio habitual en muchísimos escritores y artistas de todas partes, y que se realiza mientras no puede vivirse materialmente del trabajo vocacional, sino de una exigencia del país mismo, el cual, dada su condición subdesarrollada, carece de cuadros intelectuales suficientes, y requiere que reales o posibles escritores, filósofos y artistas se den (también o exclusivamente: esto depende de su fuerza y de otros factores) a las más diversas actividades intelectuales: las propias de periodistas, profesores, diplomáticos, editores, funcionarios, técnicos, etc. Desde luego: un grupo de aquéllos persiste en realizar tareas de creación, paralelamente a las otras. Haciendo una síntesis sólo tolerable por el poco espacio, diré que veo en la realización de esas tareas tres momentos: uno inicial, de exultante adhesión candorosa a la revo-

lución, momento precrítico en todos los sentidos; otro de preocupación más bien defensiva por el destino de la obra creadora; y, finalmente, el momento al mismo tiempo crítico y confiado de construcción de una nueva cultura.

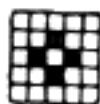
El primer momento no requiere mucho comentario: el fervor es tan exaltado e ingenuo como la propia revolución que nace. Todo parece posible. Apenas hay meditación sobre las relaciones entre el proceso revolucionario y la expresión artística. Los autores dan a conocer obras escritas, en su mayoría, con anterioridad al triunfo revolucionario. Pero luego los hechos se precipitan. La revolución, en medio de dramáticos acontecimientos, se radicaliza, con medidas admirables. Es evidente que Cuba marcha hacia el socialismo, y ello es dicho por Fidel Castro la víspera de Girón. La victoria de Girón acrecienta el júbilo. Ahora bien: nuestras experiencias no son solamente, por supuesto, las nacionales. La revolución cubana se ha internacionalizado, no sólo en la medida en que influye sobre el mundo, sino también en la medida en que se explica por ese mundo tomado en su conjunto. En 1961, en un extraordinario trabajo («Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?»), Che Guevara procede a realizar esa explicación. En dicho trabajo, además, el Che demuestra la madurez de pensamiento a que la vanguardia intelectual ha llegado en Cuba.

En el orden de la creación artística, el remitirse a una experiencia extranacional, a una experiencia socialista mundial, lleva a no pocos escritores y artistas a preguntarse si en Cuba van a repetirse los errores del llamado «realismo socialista». Fidel Castro da una primera respuesta a estas preocupaciones en su discurso de mediados del 61 publicado con el título «Palabras a los intelectuales». Pero la preocupación no se desvanece del todo, porque el país va a conocer lo que el propio Fidel denominará al año siguiente —el 26 de marzo de 1962— como el *sectarismo*. Una secuela de éste es el mimetismo con respecto a otras experiencias socialistas, la desconfianza en nuestras propias soluciones, en nuestras propias creaciones, en nuestra propia línea. Fidel ratificará la existencia de esa línea *cubana* algunos meses después, durante la crisis

de octubre. También en el orden cultural el riesgo del sectarismo y el dogmatismo será dejado atrás. Yo no señalaría una fecha fija, ni trazaría una raya, pero no puedo dejar de recordar, por ejemplo, el rechazo del llamado «realismo socialista» en las páginas de «El socialismo y el hombre en Cuba», del Che.

Este momento, en el que creo que nos encontramos ahora, no excluye, por supuesto, sobrevivencias de los anteriores: hay quienes, real o fingidamente, tocan todavía la música de 1959; hay quienes amenazan con residuos del dogmatismo; y, en su reverso, quienes se amenazan con quedar congelados en el tic de desconfianza propio del momento de apogeo del dogmatismo. Pero estimo que el grupo más importante, enriquecido con las experiencias previas, es capaz de darle a la revolución las nuevas creaciones culturales que ella requiere. A esta tarea colaborará también lo mejor de una generación más joven que espera el relevo, y que pronto tendrá la edad que tenía Fidel Castro cuando atacó el Moncada.

A lo largo de estos años, ¿cuál ha sido, pues, el «papel del intelectual»? Sin intentar un resumen y dando por sentado otras tareas ciudadanas (pues es obvio que sólo hablo de intelectuales que son o aspiran a ser revolucionarios), yo diría que funcionar en la tarea concreta, de orden práctico, que se le haya asignado; pensar, interpretar la revolución, sus raíces, sus vínculos, su sentido, lo que nos ha llevado a una comprensión de nuestro mundo, el mundo subdesarrollado, el tercer mundo; y, en el caso de un artista, particularmente de un escritor, expresar tanto el fervor como la tensión de una sociedad nueva que nace, que vamos construyendo y que nos va construyendo: y expresarlos sin abandonar el ojo crítico gracias al cual se es un intelectual y se sirve de veras a la revolución. Pues de servir se trata.



Manuel Galich

Ensayista, dramaturgo, profesor, el guatemalteco Manuel Galich fue ministro del gobierno de Jacobo Arbenz, derrocado por la intervención norteamericana. Posteriormente vivió en varios países de América Latina, desarrollando una intensa labor cultural; actualmente reside en Cuba, donde ejerce la docencia, es subdirector de la Casa de las Américas y colabora con varias publicaciones nacionales y extranjeras. Entre su obra más reciente cabe mencionar una antología de *Documentos de Simón Bolívar*, publicada en La Habana en 1965.

La respuesta depende de los intelectuales de que se trate. En América Latina, por lo menos, hay una gama muy amplia de intelectuales, en relación con los movimientos de liberación nacional, que va desde las cúspides más eminentes, hombres, al mismo tiempo, de pensamiento revolucionario y de acción revolucionaria, como Fidel Castro y Ernesto Guevara —orador el uno y escritor el otro, excepcionales, ambos de extracción universitaria—, hasta ciertos intelectualillos infusorios —a veces muy inteligentes y siempre muy venales—, refugiados, como simples ganapanes, en las redacciones de los diarios afiliados a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP); para escribir editoriales e informaciones, según las órdenes del propietario o propietarios del o los diarios, vinculados a los peores intereses reaccionarios. Es obvio que ese tipo de intelectuales venales no tiene nada que hacer en los movimientos de liberación nacional. Al contrario, integra la falange anónima encargada de mantener la calumnia y la difamación contra las organizaciones y los hombres de los movimientos liberadores. De ellos parten adjetivos como «bandoleros», «forajidos», «terroristas», y, últimamente, «castro-comunistas», a los cuales dan una grosera y falsa sinonimia.

En el mismo género, pero a escala mayor, encontramos otro tipo de intelectual latinoamericano, vendido al imperialismo, aunque mejor cotizado que los que viven a costa de su anonimato periodístico. Me

refiero a ese tipo de intelectual bien pagado con dólares, invitado por instituciones seudoaltruistas o por Universidades yanquis, o cursillos o conferencias, beneficiados con becas y viajes de «estudio», para escribir libros insidiosamente hostiles a los movimientos de liberación nacional y de propaganda al servicio del imperialismo yanqui. Son intelectuales que, a veces, militan en política, como democristianos o como demo-liberales, de cuyas filas han salido los Betancourt y los Haya de la Torre, por ejemplo. Un nido de esta especie es el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura.

Hay intelectuales menos deshonestos, pero no menos reaccionarios, negativos también respecto a los movimientos de liberación nacional. Son los conservadores, los derechistas, los seudoaristócratas por extracción de clase y por creencias religiosas ultramontanas, estrechamente ligadas a su origen clasista. Este tipo de intelectual es una reliquia histórica, un anacronismo en América Latina. Pero existe. Y algunas veces viste sotana. Lo cual no excluye la participación de algunos hombres de iglesia en los movimientos de liberación nacional. Bolo, del Perú; Torres, de Colombia; Freytas, del Brasil, son de esas excepciones.

Hay los intelectuales químicamente puros, para los cuales toda idea —y más aun toda idea política o social— que acompañe a la obra de arte, a la obra literaria, es una impureza que deprava esa obra. Son los esteticistas nítidos, los dilectos del buen gusto, los de la vieja consigna de «el arte por el arte», que reaparecen periódicamente en el mundo. Pero que abjuran de las cosas y las preocupaciones cotidianas de este mundo. No son necesariamente reaccionarios. Algunas veces hasta pueden vivir sin conflicto, aunque al margen, en una sociedad socialista. Pero, desde luego, los movimientos de liberación nacional no esperan nada de ellos.

Y, ya de lleno en el campo de la izquierda, nos encontramos con una especie relativamente nueva. El «intelectual de izquierda», que ha descubierto, en el hecho de llamarse así, una industria lucrativa, al menos en los países del campo socialista y que, paradójicamente, al amparo de ese «izquierdismo» espera alcanzar y alcanza la más plácida existencia

burguesa. Esta especie de intelectual no representa nada, pero es hábil para conquistar notoriedad, porque, en algunos casos, posee auténtico talento y sentido pragmático. Intelectual incapaz de una acción, de una contribución, de una renuncia, de un mínimo de sacrificio a favor de la causa de los pueblos. Aunque muy verboso para hablar, desde sus comodidades, de esa causa, que, en el fondo, no siente. Son caras conocidas en conferencias, encuentros y festivales internacionales, dentro del campo socialista. Son algo así como el tapiz, visto por el revés, de aquellos otros acogidos a la «generosidad» del capitalismo, como los miembros del Congreso por la Libertad de la Cultura. De esos «intelectuales de izquierda» —como algunas caras conocidas vistas en la Tricontinental— tampoco hay que esperar nada. Hay en ellos mucho de farsa y egoísmo. Lo cual no quiere decir que cuanto intelectual viaje por los países socialistas, en real misión política o docente o de estudio o de otros órdenes, al auténtico servicio de una causa revolucionaria, caiga dentro de esta categoría. No. La mayoría son honestos y no van tras el lucro y la fácil notoriedad, como los otros.

Afortunadamente muchos intelectuales latinoamericanos, especialmente los de las más jóvenes generaciones, son auténticos revolucionarios, de firme convicción antimperialista, de correcta actitud revolucionaria, aunque, lamentablemente, no haya podido superarse un cierto individualismo, una actitud polémica, un cierto narcisismo ideológico, que obstaculiza la unidad de acción, tan necesaria en una lucha de la magnitud de la que tienen que librar los pueblos colonizados y neocolonizados contra los monstruos imperialistas.

Estos intelectuales sí tienen una enorme responsabilidad ante la Historia y en relación a los movimientos de liberación nacional. Ante todo, tienen la misma misión de todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de nuestros pueblos. Nada especial, ni distintivo. La de hacer la revolución, la de incorporarse a la lucha de su pueblo en igualdad de condiciones con el resto de la gente, de la masa. No veo la diferencia entre ésta y aquéllos, para los fines revolucionarios.

Pero ya que, además, están equipados con un bagaje cultural, gracias a un privilegiado acceso a las escuelas y demás fuentes de conocimiento, corresponde a esos intelectuales esclarecer la conciencia de las masas, superar el atraso de que adolecen éstas, desde el punto de vista de sus propias reivindicaciones de clase y de patria, por culpa y para beneficio de las clases que han gravitado secularmente sobre ellas. Hay aquí una trinchera donde el intelectual revolucionario puede y debe librar una batalla de incalculables proyecciones revolucionarias. Trabajar cerca de y para la clase obrera y el campesinado, mostrarles el verdadero camino de la liberación nacional, madurar su conciencia de clase, inculcarles el sentido de sus legítimos derechos, quitarles la ilusión de las soluciones burguesas con que las elites los hipnotizan y los usan en su juego, y muchas tareas más son las que, en mi concepto, pueden y deben realizar los que se consideren intelectuales revolucionarios.

Mucho más hay todavía. Por ejemplo, la defensa de los valores culturales de nuestros pueblos, para levantarlos como barrera contra la infiltración financiada por el imperialismo en ese campo. Pero ya aquélla, si se hiciera, sería una buena labor al servicio de los movimientos de liberación nacional.



Francois Maspero

Editor y director de *Partisans*, François Maspero (nacido en París, 1932) tiene una activa participación en la vida intelectual francesa de los últimos años. Sus ediciones abarcan los problemas generales del socialismo («La Bibliothèque socialiste»), las luchas revolucionarias en el mundo (textos de Frantz Fanon, Fidel Castro, Ernesto Guevara, Jean-Paul Sartre) y obras de economía y filosofía marxistas. Su labor al frente de *Partisans* se ha caracterizado por una sostenida y lúcida atención hacia los problemas del socialismo y del Tercer Mundo.

Es difícil para un francés responder a esta pregunta. No hay en Francia una «lucha de liberación nacional» como las que existen en América Latina.

¿Qué puede hacer el intelectual que ha tomado conciencia de este doble estado de cosas: la explotación directa e implacable de los «condenados de la tierra», en los llamados países «del tercer mundo», y la empresa de expoliación que una burguesía hábil, socarrona e hipócrita, abate sobre la clase obrera, a la que a menudo hace creer que la asociará a su enriquecimiento, y la enajena así doblemente? El primer deber de este intelectual es ser un *militante*.

Debe sostener, con todos los riesgos que esto implica, y tanto con respecto a sí mismo como con respecto a los otros, la necesidad de ser absolutamente solidario con todas las luchas, aun con las más violentas (las más «inexcusables», como dicen los burgueses) de emancipación nacional. Debe rehusar, en su país, a participar en todo lo que favorezca el fortalecimiento del campo imperialista y el establecimiento de estructuras neocapitalistas.

No es posible traducir esto sólo a través de una actitud exterior y pública. Esta aparecerá como la continuación lógica de una actitud cotidiana, que compromete toda la vida.

El intelectual, al efectuar así, sin descanso, la labor de informar y alertar a las masas a las que su militancia debe mantenerlo ligado, desempeña un papel irremplazable en la lucha internacional de

liberación. Pero sólo si se cumplen estas dos premisas:

1. Es necesario que este papel sea *ejemplar*. El intelectual debe dar pruebas *en los hechos* de que rechaza toda transacción, y no debe temer utilizar todas las ventajas que su profesión le confiere, para probar su total compromiso. En Francia algunos intelectuales mostraron la eficacia de una línea semejante de conducta en el momento del *Manifiesto de los 121*, sobre el derecho a la insumisión, en apoyo a los rebeldes argelinos. Desgraciadamente se trataba sólo de una ínfima minoría. Los resultados obtenidos muestran aún más lo criminal que resultó el no compromiso de los otros. El *derecho a la insumisión* al orden burgués debe ser el primer derecho del intelectual. Su deber es mantener constantemente el *escándalo* —no según la moda estética y surrealista, sino manteniéndose sobre las bases mismas de sus principios revolucionarios: en una sociedad burguesa no hace falta más. Sólo él es capaz de hacerlo, y cuando lo hace logra provocar la inquietud. E incluso el *miedo*.

2. Hacer que todos sus esfuerzos tiendan a la profundidad de la reflexión sobre la lucha en marcha. El intelectual debe esclarecer, en el dominio y en la disciplina que le son propios, lo concerniente a los fines y los medios; debe permitir la delimitación más precisa de la táctica y la estrategia.

Al llegar aquí nos damos cuenta de que debe cuidarse de lo que constituye su doble defecto: de una parte, el hecho de que la ausencia de crítica, su adhesión irresponsable a todo lo que se vista de «ropes» revolucionarios, la confusión de la revolución con el folklore, tengan consecuencias graves: hemos visto los estragos que el verbalismo propio de un «socialismo» para todos los gustos, ha podido hacer en África y particularmente en Argelia: el apoyo beato a tales movimientos conduce a la ruina. Y por otra parte, lo igualmente peligroso que resulta la crítica sistemática «izquierdista», que se lleva a cabo en nombre de principios estrechos, de todos los movimientos populares: el intelectual descuida la historia que se desarrolla ante sus ojos, con la sangre de las masas, para referirse a viejos criterios de más de 50 años de existencia, cuidadosamente escogidos y edulcorados durante todo ese tiempo, y para «condenar» o discriminar los movimientos de insurrección más violentos y de mayor autenticidad.

La gran lección de Cuba, repetida recientemente por Che Guevara, enseña que todo el que ha tomado las armas tiene derecho al apoyo y al respeto.

El lugar del intelectual revolucionario está junto a esos insurgentes. Su papel consiste en suscitar las nuevas crisis de conciencia que desemboquen en imputaciones o insurrecciones cada vez más numerosas y cada vez más violentas; consiste en no perder ninguna ocasión para precisar el sentido de la lucha; en no perder nunca de vista el deber capital que implica el *internacionalismo*, que lo mantendrá junto a todas las luchas, armadas o no, que se llevan a cabo en el mundo por el comunismo.



Alberto Moravia

Presentar a Alberto Moravia incluye varios riesgos: lo obvio, lo excesivo, lo parcial. Quizá la mejor manera de sortear esos peligros sea referirlos al futuro: el novelista italiano trabaja actualmente en una comedia (*El mundo es lo que es*), cuyo tema es «las palabras, les mots, le parole», y en «una novela, simplemente una novela».

¿Qué intelectual? Intelectuales hay muchos: el escritor, el periodista, hasta el político... y el militar puede ser un intelectual. Por ejemplo ahí está Fidel, un político intelectual. Si se trata del escritor, la respuesta es una sola: un escritor debe escribir. Ese es su papel. Escribir. Lo mejor que pueda.

Un periodista deberá dar su opinión sobre un hecho político, si es un periodista político. Pero el periodismo no es arte, es una actividad práctica. La actividad artística, en cambio, es un testimonio, una representación de la realidad, y de tal manera es una representación ambigua, misteriosa, como la

realidad misma. Así como el hombre tiene el deber de ser un buen ciudadano, el escritor tiene el deber de ser un buen escritor. El arte es una actividad autónoma. Así, un escritor podrá ser un escritor político, un escritor comprometido, de acuerdo a lo que sienta, pero eso sólo depende de su sentimiento de la realidad. Su realidad puede ser política, pero puede también ser una realidad natural, una realidad sensual, una realidad poética. Sus temas dependerán de ese sentimiento. Tomemos el mar, por ejemplo; el mar puede ser un tema: Homero ha descrito el mar.

Como escritor, estoy obligado a escribir sólo lo que siento. Y no es nada fácil. El arte no es menos difícil que la física termonuclear; pueden ser actividades paralelas pero igualmente difíciles. He ahí el papel del escritor: escribir. Lo mejor que pueda.



Lisandro Otero

Tabaco para un Jueves Santo, el primer libro de cuentos del cubano Lisandro Otero (nacido en 1932), fue publicado en París, donde trabajó como corresponsal durante dos años. Sus crónicas sobre Argelia (de 1955) obtuvieron el premio «Juan Gualberto Gómez». En 1963 publicó un ensayo sobre Hemingway; ese mismo año se hizo acreedor al premio Casa de las Américas en la categoría novela por su volumen *La situación*, primero de una trilogía sobre la Revolución cubana, actualmente en preparación. Al tiempo que escribe su segunda novela, Otero dirige la revista *Cuba*.

Uno no sabe exactamente cuándo comienza. Y es difícil que se manifieste. Sobre todo si tenemos en

cuenta que el intelectual es una raza esencialmente escéptica. Dudo luego existo. Y este incrédulo ser, en proceso de perenne apostasía, es al mismo tiempo un invencible optimista que jamás renuncia a su convicción de que el hombre finalmente dejará de echarle agua a la leche.

Por eso es que uno no sabe exactamente cuándo comienza. Cuando el intelectual echa a un lado su natural incredulidad y comienza a integrarse firmemente al proceso patriótico que pueda estarse gestando en su patria.

La primera vez que entré en contacto con militantes del Movimiento 26 de Julio tuve la impresión de estar hablando con un grupo de revoltosos, anarquistas, iconoclastas de los que no podía salir nada bueno.

En esa época la tiranía de Fulgencio Batista asolaba a Cuba y no veía como podíamos salir de ella. Aquellos jóvenes del Movimiento, radicales, exaltados, ponían una nota de pasión romántica que entraba en contradicción con el análisis racional del asunto. Batista contaba con el apoyo del poderío norteamericano. ¿Cómo era posible que aquellos jóvenes...?

Después aquella locura se hizo contagiosa. Vi morir a algunos que conocía, los vi perseguidos, asediados. Los vi salir de la cárcel llevando la marca de las torturas. Toda intención analítica se fue desvaneciendo ante la necesidad de responder a la violencia con la violencia. El conocimiento más profundo de aquellos jóvenes los mostró en su verdadera dimensión: puros, seguidores de toda idea honesta, con un sentido del humor ante la muerte que no dejaba de ser conmovedor, con una capacidad para el sacrificio que jamás ponían de relieve, deseando pagar cualquier precio por sanear el país en que vivían.

Y de pronto se ve uno incondicionalmente situado en medio de esa gran ola que se llama revolución. Por eso creo que la primera etapa del intelectual que se asimila a la lucha de liberación nacional es la dejación del examen crítico excesivo, de la teorización exagerada a que es tan dado el intelectual, y la inmersión apasionada en las tensiones que gestan una revolución.

Entonces todo es quehacer: desde la redacción del panfleto hasta el arma para el que está capacitado, desde brindar asilo al perseguido hasta contribuir a la recolección de fondos monetarios. Es decir: ser uno más. En las etapas de grandes crisis no hay mucho lugar para las contemplaciones desde una altura. O se es o no se es. Y cuando se es no se puede ser de una manera diferente. Simplemente hay que hacer lo que hacen todos. Después, cuando las aguas embravecidas vuelvan a su nivel, podrá retomarse el camino de la reflexión, se podrá crear serenamente para continuar contribuyendo, esta vez con las armas propias del intelectual, al triunfo revolucionario.

Ese es el único camino para un intelectual: el que lo lleva al pueblo de donde surge.



Gonzalo Rojas

Autodefinido como «el menos *publicante*, el más exiguo de los escritores chilenos», Gonzalo Rojas es poeta, ensayista, profesor de estética literaria y de literatura chilena de la Universidad de Concepción, cuyo Departamento Literario dirige. Nacido en 1917 en Lebu («oscuro, oscuramente provinciano de Chile y, por lo mismo, medularmente chileno»), organizó y dirigió los Encuentros Nacionales de Escritores realizados en Concepción en 1958-59-60-62. Ha referido su respuesta a un fragmento del discurso que pronunciara en abril del 65 durante un homenaje que le rindiera la Sociedad de Escritores de Chile.

Vivimos tiempo que ni se detiene, ni tropieza, ni vuelve. Las semillas estallan en el aire, y en esta

hora de América, hasta el mismo absoluto tiene hambre de justicia. Los poetas tenemos hambre y sed de justicia.

Diálogos, diálogos y más diálogos en esta guerra caliente de las ideas, para asumir de una vez por todas la unidad real de nuestra historia.

Libros, libros y más libros que digan el ser contradictorio y unitario de nuestro desarrollo, o *subdesarrollo*.

Revistas, revistas vivas y creadoras; la polémica más allá de toda complacencia.

Talleres y más talleres, con fundaciones o sin ellas, pero abiertos, que no terminen en un pequeño claustro donde se juega al adjetivo o al adverbio y al cepilleo formalista. Si estuviera en mí, cambiaría el espíritu de los talleres y sembraría Chile y América de escritores y artistas a lo largo y a lo oscuro de sus parajes humanos más diversos. Así, en una suerte de ejercicio implacable con la realidad más ardiente y dolorosa, cada cual se exigiría un trabajo más constructivo.

Sé, como decía Breton, que el escritor no es el hombre de la adhesión total. Pero sé también que la literatura, mucho antes de ser un fenómeno estético, es un instrumento de construcción en nuestra América.

Que vengan los críticos —los nuevos críticos y no más esos monologantes que hace ya cincuenta años vendieron su alma al diablo o al frígido hedonismo—; que vengan los jóvenes más lúcidos, capaces de valorar lo más alto y lo más hondo de este gran oficio constructivo, y nos pregunten aquí mismo, en esta casa que es la suya y la mía: ¿Dónde anda el escritor del 65: por cuál de los lados de la suerte de Chile?

No. No hay escritor genuino que no postule hoy la creación y la revolución al mismo tiempo, una revolución *nuestra* y por lo mismo, cabal. Pero dejemos que los decrepitos y los equívocos de siempre sigan durmiendo en el vaivén del terremoto.



Manuel Rojas

Conocido y apreciado como uno de los narradores más maduros de América Latina, el chileno Manuel Rojas tiene en su haber una lista de títulos que han merecido difusión continental: *Mejor que el vino*, *Hijo de ladrón*, *Punta de rieles*, *Sombras contra el muro* (novelas), *Cuentos del sur* (relatos), *Esencias del país chileno* (antología de poemas), *Breve historia de la literatura chilena* (ensayo); en 1962 publicó una *Antología autobiográfica*, «destinada sobre todo a especificar cómo y por qué y cuándo había escrito sus libros este escritor». Durante los últimos años, en que ha viajado como profesor invitado por varias universidades de Estados Unidos, sus libros han sido traducidos al francés y al ruso. Prepara actualmente una novela titulada *La oscura vida radiante*.

Me parece ineludible la participación del intelectual latinoamericano en los movimientos de liberación nacional; ineludible y difícil. Debería ser un guía y un líder, pero en la mayoría de los casos no tiene condiciones para ello o no le hacen caso. Ser demasiado intelectual es tan lastimoso como ser demasiado anti-intelectual. Es una lástima que así sea, pero así es. El obrero y aun el político desconfían del escritor, que aparece como indeciso; el escritor desconfía del político, que a veces tiene intereses inconfesables, y desconfía también del obrero, que pelea por algo que al escritor no le preocupa. Si el intelectual pudiera aceptarlo todo, perdería algo; quizá lo aceptaría, pero no lo aceptarían el político, que se cree irremplazable, ni lo aceptaría el obrero, que está más dispuesto a creerle al político y que persigue lo que en realidad vale para él. Me gustaría mucho participar en la lucha junto al político y al obrero, pero mi experiencia es lamentable: hace años entré al Partido Socialista de Chile, pero hube de retirarme casi inmediatamente, pues el Partido proclamó candidato a la presidencia al general Carlos Ibáñez. Para el partido era

necesario proceder así, pero a mí me repugnó y me retiré. Lo siento, pero mis intereses eran puramente intelectuales, no políticos.



Alfredo Varela

El río oscuro, una novela traducida en más de veinte países y llevada al cine bajo el título *Las aguas bajan turbias*, ha hecho mayormente la fama del argentino Alfredo Varela, cuyo recuento de obras incluye también *Un periodista argentino en la Unión Soviética*, *Cuba con toda la barba*, *Una juventud heroica*, *Güemes y la guerra de los gauchos*. Actualmente, Varela se declara absorbido por su intensa labor de traducción (Brecht, Shaw, Nazim Hikmet) y sus actividades en el Consejo Mundial de la Paz, que le han deparado recientemente el Premio Internacional de la Paz 1966.

Hace unos cuantos años, charlando con el novelista Leonid Leonov, recogí esta conmovida manifestación de su inquietud: «Si Dostoievsky, amargado por los sufrimientos de una niña, quería devolver su boleto de existencia a Dios, ¿qué debo hacer yo, en un mundo donde se anula y se maltrata física y moralmente a millones de niños?»

Me parece que esta angustiada interrogación espera la respuesta de muchos intelectuales de hoy, de aquellos que de un modo u otro son creadores de cultura, y no consideran su goce como un privilegio egoísta que la torna, como subrayara Aníbal Ponce, «más envilecedora que el oro», que quieren alimentarla y enriquecerla con jugos vitales, en una apasionada búsqueda de la verdad profunda, sin la cual no hay obra válida y permanente. Porque,

¿cómo podrían permanecer impasibles o «au desous de a melée» cuando 1.500 millones de seres humanos siguen aún bajo las distintas formas de la opresión imperial y su secuela de males (desde el atraso impuesto hasta las condiciones bestiales de vida) que se resumen en el tan manoseado término de «subdesarrollo»? ¿O cuando Washington dispone enviar sus cohortes de «marines» y bombarderos para arrasarse gentes y tierras en cualquier parte donde no se admita su prepotencia, multiplicando el drama insoportable del Vietnam?

No vale la pena referirse a los que se ubican más o menos conscientemente junto al enemigo y condenados por lo tanto —en lugar de la inmortalidad a que aspiran— a ser «ceniza y nada» en la memoria implacable del pueblo. ¿Pero los otros, los que no han perdido la vergüenza ni la dignidad, pueden vacilar aún?

No se trata sólo de que al mantenerse olímpicamente al margen debilitan o postergan el triunfo de la que es ineludible causa común, sobre todo en nuestra desgarrada América Latina. Al negar su concurso a las luchas liberadoras, a la vez claudican ante la vida, y se empobrecen y mutilan, lo sepan o no, tengan o no la valentía de reconocerlo. El intelectual, el artista, trata desesperadamente —más de una vez se ha dicho— de justificarse a sí mismo. Pero, ¿puede sentirse absuelto ante el tribunal íntimo el que se complace en un hoy imposible «apoliticismo» y se queda impávido ante el espectáculo de su patria pisoteada y su pueblo ofendido y saqueado hasta los huesos? Antes de que lo señale el índice acusador colectivo, si es honesto tendrá que sentirse en ascuas y en falta, manchado por dentro, infiel al lacerante sufrimiento de las inmensas mayorías, desertor del presente, traidor a ese futuro que los pueblos están construyendo irresistiblemente con su vigorosa puja antimperialista.

En su más alta expresión, la condición del intelectual lo obliga tácitamente a apresurar el hundimiento de lo caduco e injusto y a ayudar y exaltar lo nuevo, lo que surge entre dolores gloriosos. El es en definitiva el anunciador de lo que viene, el que pre-ve, o no es nada.

Decir que le corresponde estar junto a los pueblos es poco menos que una perogrullada, es machacar sobre lo evidente. Se supone que es hombre de cultura en tanto ejercita sus dones excepcionales: una particular capacidad reflexiva, una sensibilidad aguzada y alerta a las sollicitaciones de la realidad, lo que no puede sino llevarlo a captar las mil y una limitaciones impuestas al hombre y a la masa por la sociedad que sufrimos y que revienta por todos los costados. Y a actuar en consecuencia.

Escribo estas líneas desde la capital del único pedazo libre de América, en el ambiente fervoroso del festejo por el séptimo aniversario de la revolución cubana y de las sesiones de la Conferencia Tricontinental. Aquí, en este encuentro donde se anuda la solidaridad recíproca de Asia, Africa y América Latina, se pueden palpar los cambios decisivos que siguen produciéndose en el mundo. Junto a las llagas innumerables, se exponen las luchas que, por diversos caminos y con distinto carácter, realizan las multitudes de los tres continentes para sacudir de una vez sus múltiples cadenas. El que está en el banquillo es el imperialismo, su acrecida agresividad, la guerra que engendra (y que si por ahora tiene carácter local, lleva miras de convertirse en arrasadora catástrofe nuclear). Pero a la vez se decide la mejor manera de limitarlo y maniatarlo, imponerle la total independencia de los pueblos y una paz mundial que sólo puede basarse en la verdadera autodeterminación de cada comunidad nacional.

Aquí están, codo con codo, los movimientos nacionales liberadores existentes o en gestación en cada uno de nuestros países, y los que ya alcanzaron la victoria, y las naciones socialistas, y también (como observadores ansiosos y solidarios) los representantes de vastas fuerzas obreras y progresistas y antiguerreras del resto del mundo. Aquí se siente latir el inmenso poderío que significa esta alianza, y que en definitiva llevará a la derrota de los opresores. Aquí se percibe cómo varía y se limpia el mapa de nuestro planeta, cómo va ascendiendo segura y firmemente la estrella de la humanidad que —como repiten en La Habana las leyendas, los anuncios luminosos y los discursos— ya ha dicho ¡basta!

Muchos son ya los intelectuales de todos los puntos cardinales consustanciados con este combate o que se acercan ahora. Para cada uno hay un puesto en el movimiento nacional liberador, al que puede aportar su palabra o su brazo, el poema o la firma con que ratificará su responsabilidad raigal. No importa cómo se sume a la lucha común y unida. Y tampoco cuáles son sus concepciones estéticas, su corriente artística, las formas que tome el trazado de su obra. Lo que no es admisible es la indiferencia, la inercia, o, peor aun, el esconderse tras fórmulas peligrosas que condenan por igual a los opresores y a los que se rebelan contra la opresión. Hoy ya no hay «tierra de nadie» que valga. Se está con los asesinos de pueblos o con éstos, con los que quieren instaurar la libertad integral o con quienes invocan su nombre en vano para disimular las felonías que cometen; con los que bastardean la cultura o con quienes buscan rescatarla para todos, en una inédita ampliación de sus beneficios que la llevará a casi inimaginables desarrollos.

Allá el imperialismo, de este lado los que tengan el corazón y otros órganos en el debido sitio. Los pueblos esperan de sus intelectuales que los acompañen, alienten y fortalezcan, que se eleven sobre las pequeñas querellas y la maraña de los intereses creados para incorporarse al formidable movimiento emancipador. Los más lúcidos y decididos ya están. Y los otros, ¿qué?



Mario Vargas Llosa

Con un volumen de cuentos (*Los jefes*) y una novela (*La ciudad y los perros*), el peruano Mario Vargas Llosa se reveló en plena juventud —nació en 1932— como uno de los mejores exponentes de la literatura latinoamericana contemporánea: Carlos Fuentes ha llegado a situarlo, junto con Carpentier y Cortázar, a la cabeza de la nueva novelística continental. Una nueva novela, *La casa verde*, se encuentra próxima a aparecer en España.

Yo distingo entre el creador y el intelectual, porque entiendo que al escritor, al creador, se le presenta específicamente una disyuntiva de compleja dilucidación. Creo que ambos —el intelectual y el creador— deben ocupar un puesto en la lucha por la liberación nacional, en cuanto ciudadanos. Ahora bien, creo también que, como hombres de cultura, nosotros los escritores de países subdesarrollados —concretamente, latinoamericanos— no tenemos nada que lamentar en la desaparición de un sistema que luchamos por destruir o reemplazar. Entiendo, por ejemplo, que quizá un escritor francés pueda sentir cierta nostalgia de un sistema que aspira a liquidar por su iniquidad y su ruindad en el ámbito político o social, pero que al menos ha creado algo en el campo específico de la cultura. Las clases dominantes latinoamericanas, en cambio, han sido en el campo cultural tan ineptas, ruines e injustas como en la economía o en las relaciones sociales; los países que nos han entregado son países analfabetos, sin vida cultural, sin personalidad cultural, con una vida literaria y artística embrionaria o alienada, sin escritores, sin editoriales. No tenemos pues nada que defender de ese sistema, del cual somos naturalmente adversarios y por cuya desaparición y su reemplazo debemos luchar, no sólo como ciudadanos sino como intelectuales. Y el sistema que reemplace al actual sólo puede ser socialista.

Pero entiendo que en el caso del creador se plantea un desgarramiento irremediable, ya que en el creador el elemento determinante no es nunca racional,

sino espontáneo, incontrolable, esencialmente intuitivo. Y el escritor no puede poner ese elemento al servicio de nada de una manera premeditada. En cierta forma, el creador se plantea así una verdadera duplicidad, o por lo menos una terrible tensión: quiere ser fiel a una determinada concepción política y al mismo tiempo necesita ser fiel a su vocación. Si ambas coinciden, perfecto, pero si divergen se plantea la tensión, se produce el desgarramiento. No debemos, empero, rehuir ese desgarramiento; debemos, por el contrario, asumirlo plenamente, y de ese mismo desgarramiento hacer literatura, hacer creación. Es una opción difícil, complicada, torturada si se quiere, pero imprescindible.



Jorge Zalamea

Nacido en 1905, el colombiano Jorge Zalamea es conocido principalmente como ensayista y poeta, aunque pocos como él puedan ostentar una foja intelectual tan extensa y variada, desde el teatro (tres obras en 1941) hasta la crítica literaria (fue fundador de la revista *Crítica* en 1949), pasando por la traducción (particularmente mencionables sus versiones españolas de Saint-John Perse) y la actividad político-cultural: secretario del Consejo Mundial de la Paz, Presidente del Instituto Cultural Colombo-Cubano. Sus obras ensayísticas: *La vida maravillosa de los libros* (1941), *Nueve artistas colombianos* (1941), *Minerva en la rueda* (1949), *Reunión en Pekín* (1952), *Antecedentes históricos de la Revolución Cubana* (1961), *La poesía ignorada y olvidada* (1965); por este último trabajo, mereció el premio Casa de las Américas 1965 en su

categoría. De su obra poética cabe recordar especialmente *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, un poema satírico publicado en 1952.

Me parece que en la historia humana hay una alternación de épocas de revolución y épocas de rumia. Esto, desde luego, no en forma absoluta sino relativa. Durante las épocas de rumia, las sociedades parecen tomarse una tregua, un descanso para rumiar, asimilar y ordenar las conquistas que ha obtenido, las transformaciones que ha realizado, las nuevas creaciones que ha logrado en la época de evolución o de revolución inmediatamente anterior.

En estas épocas de rumia, los artistas suelen dedicarse preferentemente a la búsqueda de nuevas combinaciones formales, por una parte, a la investigación de sí mismos y a la confesión de su intimidad. En las épocas de revolución la humanidad está pariendo, a veces con dolorosos desgarramientos, nuevas formas de vida. Nuestro tiempo, en todos sus aspectos, es de revolución: hay una revolución social y una revolución científica; hay una revolución económica y una revolución artística; hay una revolución en la vida familiar, en la técnica e incluso en la conducta individual. En una época como la nuestra el artista no puede dedicarse al análisis introspectivo ni al complejo placer de la autoconfesión. Tiene que asumir el papel de testigo de su tiempo y tratar de participar en la mudanza de la sociedad de la manera más eficaz, constante, valerosa y verdadera.

Por tener la convicción de que tal es la tarea y la misión del artista en nuestro tiempo, desde hace veinte años he procurado que mi obra literaria sea un testimonio. Así, por ejemplo, he querido presentar la terrible violencia desatada en Colombia, mi patria, por las fuerzas políticas más reaccionarias de la América Latina en mi poema satírico *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*. Los resultados me han corroborado en mi creencia, pues ese libro ha sido traducido a más de doce idiomas, confiando a mi testimonio sobre el hecho concreto de Colombia un carácter universal. Las ilustraciones que acompañan a la traducción alemana, por ejemplo, identifican a Burundún-Burundá con Hitler. Y

en muchos países se identifica al protagonista de mi sátira con los gorilas que los oprimen y explotan.

Pero para que el testimonio del artista llegue a las grandes masas, es necesario revisar los sistemas de producción y distribución de la obra literaria. En una época en que la radio, el cine y la televisión se han convertido en medios de comunicación humana más extensos que el libro, el escritor tiene que integrar esos medios a su obra para hacerla llegar a las mayorías. En nuestra época, el libro es un instrumento de corto alcance; un arma superada. Debemos, pues, por los medios más modernos, volver a la forma más antigua de trasmisión de la poesía; debemos volver a la poesía oral, a esa especie de comunión de boca a boca entre el poeta y el pueblo.

Pero aquí se presenta otro problema para el artista: en los países capitalistas, los grandes medios de difusión se hallan en manos de los grupos de presión financiera, clerical o militar o controlados por las dictaduras. Pero aún queda una forma de comunicación técnica de vasto alcance: el disco. Y queda, desde luego, el poeta vivo. El poeta debe salir a los caminos, a las plazas públicas, a las universidades, a las pequeñas ciudades y las aldeas perdidas. Y debe llevar a ellas su testimonio, en la seguridad de que siempre encontrará una respuesta en las masas, cada día más ávidas de palabras vivas y de cultura viva. Y logrará una gran audiencia: la que han logrado Evtuchenko, Aragón, Guillén, Neruda y otros.

Hay quienes piensan que la comunicación directa entre el poeta y los pueblos es muy difícil; pero en la URSS se congregan millares de gentes para escuchar a sus poetas. Y cuando éstos son grandes y auténticos se produce el fenómeno de la penetración casi física entre el poeta y su pueblo. Tal es el caso de Nicolás Guillén, por ejemplo, con quien es difícil caminar por las calles de La Habana, pues a cada cinco pasos hay una persona de cualquier sexo, origen, opinión y profesión que se le acerca para saludarlo con efusiva familiaridad y hondo afecto.

Con el empleo de medios técnicos como el disco, yo mismo he tenido una experiencia inimaginable; la grabación de mi largo poema sobre la miseria humana titulado *El Sueño de las Escalinatas*, se ha vendido en los últimos tres años en más de 20,000 ejemplares y los impresores y distribuidores del disco calculan que ha sido oído en Colombia por más de 700,000 personas. Ese mismo poema, editado en libro, apenas ha alcanzado en un año una venta de 4,000 ejemplares.

Todo esto indica que los escritores y artistas que asumen la misión de ser testimonios de su época y militantes de la revolución que se opera en ella, deben reconsiderar también sus posiciones con respecto al público y adaptar las nuevas técnicas a la difusión de sus obras.

